

to el caminante, y dícele de esta manera al pastor:—«Oiga usted, buen amigo, ¿me dirá usted por casualidad ónde para un pastor que dicen que anda por estos lugares y que cura too mal que se le presente?»—«Está usted hablando con él, buen caminante,»—dícele el pastor. Y oyéndolo el otro, salta y le dice:—«¿Quiere usted venirse conmigo y ganará too lo que pida?»—«Si no es muy lejos, ya estamos andando.»—«A los palacios del rey.»—«¿Quién está malo allí?»—«Una hija mía que quiero como á las telas del corazón: dos años lleva en la cama, toos los mejores médicos la han auxiliado, más de tres mil reales van gastados con ellos, y la muchacha á peor, á peor, á peor. Díjome una adivina que usted sólo me la podía curar, y por buscarle á usted vengo corriendo tierras.»—«Y usted ¿quién es?»—saltó entonces el pastor.—«El rey de los gentiles,»—arrespondió el caminante muy *aquello*. Amigos, el pastor que tal oye, vió su suerte hecha y se resolvió á seguir al rey con el aquel de ganar, por lo que menos, seis mil reales pa librarse del servicio, caso que le tocara quinto. En estas y en otras, ayudóle el rey á recoger el ganao pa acabar primero, y fuéronse andando, andando, y al cabo de los tres días llegaron á los palacios; y llegando á los palacios, fuéronse á ver á la enferma, que diz

que parecía un sol, de maja que era, en aquella cama de plata con colcha sobre-dorá. No hizo el pastor más que echarla una ojeá, y sin tocarla ni cosa alguna, dijo:—«La moza tien esto y lo otro: se le dará tal herba así y de la otra manera, y á los quince días estará tan rebusta como endenantes.» A too esto, al buen pastor se le hospedó en un cuarto alhajao de lo bueno, se le echó un vestido de *arriba abajo*, como el de un señor prencipal, y se le puso á qué quieres boca, con su puchero de garbanzos con carne del día, su vino de la Nava, de lo mejor, y el azucarillo y el bizcocho tiraos, como el otro que dice, por el suelo. Con estos regalos el pastor, que ya era majo de por suyo, hízose un pasmo de buen mozo; y como entraba tan á menudo en el cuarto de la hija del rey, prendóse ella perdidamente de él. Tanto, que á los ocho días ya le orillaba los pañuelos del bolsillo y le espulgaba. Pus, amigos de Dios, la hija del rey, con éstas y con las otras, á mejor, á mejor y á mejor... como que á los doce días ya salía á tomar el sol á un balcón de cristales que daba á la huerta del palacio. Y saliendo un día al balcón, dice la muchacha al rey:—«Padre, yo estoy prenda-da del que me ha curado, y si usted es gustoso, me casaría con él.» Y dícela el rey (que era bueno y parcialote de suyo), que no tendrá en

ello inconveniente; pero con la condición de que no se hará el casamiento mientras que la muchacha no quede sana como un coral; y si, pinto el caso, ella falliese de resultas de la enfermedad, por recaída, el pastor perecería en la horca. Pus, amigos de Dios, como el pastor estaba bien seguro de las melecinas que daba, firmó el compromiso delante de escribano, sin acordarse ni pizca de la probe moza que estaba en su lugar esperándole como el agua de Mayo. No era esta muchacha sabedora del caso; pero una bruja que era vecina suya, llámala y cuéntaselo todo; con lo que la probe se desafigió como una Magalena. Atento á ello, dícele la condená de la bruja que en su mano tendrá la venganza si la apeticiese; y va y la da un anfilerón y una feguruca á modo de santuco de cera, y la dice:—«Onde tú pinches con este anfilerón en la fegura, le dolerá á la hija del rey; pero ten mucho cuidao, porque si le pincharas el corazón, la otra moriría.»

Pus, amigo de Dios, que la moza, deseosa de atrasar el casorio, espienza á pinchar de acá y á pinchar de allá á la fegura, y cátrate que al mismo tiempo espienza la hija de rey «¡jay! que me duele aquí, ¡jay! que me duele en el otro lao,» hasta que volvió á caer en cama. El pastor se volvía loco buscando herbas por los praos y no atinaba con el aquél de la re-

caída. Y no atinando, pasaron así más de dos meses; y pasando más de dos meses, viendo la moza del pueblo que el pastor no llegaba, alteriósele el pulso con las penas, y al ir á pinchar la fegura un poquitín, fuéle la mano y llegó al corazón con el anfiler... En el auto fallió la hija del rey. Y falliendo la hija del rey, en el mesmo día que se la dió tierra se ahorcó al pastor enfrente de la casa del Ayuntamiento. Corrió la voz del caso, y sabiéndolo la moza fué á los palacios del rey á pedir justicia contra la bruja; y pidiéndola, salieron ceviles por toas partes, cogieron á la pícara y la quemaron juntamente con la fegura de cera; y quemándolas á las dos, se convirtieron en una bandá de enemigos malos que ajuyeron agoliendo á azufre y asolando los campos por onde iban, con el viento y la llama que llevaban consigo mesmos. A too esto, como el rey no tenía más hija que la defunta, cogió mucha ley á la muchacha aflegida que le pidió justicia; y cogiéndola ley, llevóla á los palacios, y más alante se casó con ella. Siendo la muchacha reina de gentiles, llamó á toos sus parientes y los hizo unos señores, y al que menos de los vecinos de su pueblo le dió cuarenta carros de tierra y una pareja de güeis, y le pagó las contrebuciones por dos años; y siendo ella crestiana y de suyo lista y despabilá, con-

virtió á toos los gentiles al cabo de los tiempos... y colorín colorao.

—De manera es—dice Pólito,—que too se refiere á un rey que ahorca á la hija, porque un pastor se prenda de una bruja que le curó á él con herba del campo.

—Justo,—se le contesta para acabar primero.

—La historia—objeta Gorio Tejares,—es de suyo manífica; pero creerán ustedes que eso de prendarse una hijá de un rey de un mozo seglar, quiero decir, paisano, es panoja de diez libras; pues es cosa muy corriente, y si el mozo es melítar, tanto mejor. Yo, en las tierras que he corrido, he tenido ocasión de verlo; y si hubiera sido, como otros, tentado de la cubicia ú de la vanidá, pudiera haber sacado del uniforme, no diré que una princesa, pero una infanta... en fin, ¡mucho!

Concluída la tanda de cuentos, porque Tanasio cuenta varios, entra la de *adivinillas*. Estas las propone siempre el erudito Cencio. Óíganle ustedes.

—Una cosa cosina que Dios adivina: *Anda, anda y nunca llega á Miranda.*

Tío Ginojo se perece por las adivinillas. Espabilase un poco al oír la primera, frótase los ojos y pregunta:

—¿Cómo has dicho, Cencio?

—«Anda, anda y nunca llega á Miranda.»

—Hombre, muy arrevesao es... Si dijeras apara, apara... podría ser, pinto el caso... pero eso de anda, anda...

—Anda, anda—repite Pólito dándose puñetazos en la cabeza.—¿Qué mil demonios podrá ser?... ¡Un güey!

—No estás tú mal güey,—dice Cencio.

—Anda, anda—canturrea Gorio...—el batallón de cazadores de Chiclana.

—¡Echa!

—Anda, anda...—suspira el Polido,—será... Vamos, con esta jartura que tengo ni veo el ite de la cosa. Cuatro güevos, dos torrendos y media vara de longaniza me he triscao para cenar...

—Anda, anda—murmura Tanasio.—Hombre, aunque sea mala pregunta, ello ¿es cosa de comer?

—No.

—¿Es animal ú persona humana?

—Es semoviente de por sí mesmo y finca imponible en contrebución terrentorial,—contesta Cencio con su aire habitual de importancia.

—Apara, apara... y luego allega á la villa,—refunfuña el desmemoriado tío Ginojo.

—No, señor: es «anda, anda y nunca llega á Miranda.»

—¿Y qué sabe uno ónde está Miranda?

—Tiene razón—dice Sabel.—Si fuera la villa lo conoceríamos mejor, y podría ser...

—El mercao,—añade Mari-Juana.

—Ó la deligencia,—dice Chiscona.

—He dicho que es semoviente de por sí mesmo y finca imponible en contrebución territorial,—repite Cencio.

—Pus me doy,—exclama tío Ginojo.

—Y yo.—Y yo.—Y yo,—añaden otros varios.

—Pus yo no—dice Pólito, dándose un tremendo puñetazo en la rodilla.—¿Cómo espienza?

—Por *mo*,—contesta Cencio.

—Mo, mo, mo...—repite tío Ginojo.—Si fuera ma, ma, ma, sería, pinto el caso... pero mo, mo, muy arrevesao es.

—Mo, mo, mo,—se canturrea por todos los rincones.

—¡El marrano!—grita Pólito como si hubiera resuelto la dificultad.

—He dicho que empieza por *mo*.

—Pus por lo mesmo.

—¿Y marrano declina *mo* en primera instancia, animal?

—Pus si no, no sé lo que es...

—Vaya, vos lo pondré más claro: moli, moli, moli...

Dos voces:

—Molinero.

—Cerca andáis.

Toda la hila á coro:

—¡Molino!... ¡El molino!

—¡Hombre! ¡qué gracia!

—Pus no me sastiface—protesta Pólito,—porque al molino se llega en cuatro zancás, y tú has dicho que nunca se llega á Miranda.

—¡Virgen, qué carácter de riflisión que tiene este hombre! He dicho: «Anda, anda y nunca llega á Miranda.» ¿No está el molino rueda que rueda todo el santo día de Dios sin moverse de un sitio?

—Sí que lo está.

—Pues ahí tienes cómo no puede llegar á Miranda ni á denguna parte.

—¡Vaya una cencia que tien la adivinilla—gruñe tío Ginojo.—¡Y pa eso le despiertan á uno!

—¿No decía usted que era tan arrevesá?

—Como tú la ponías, sí.

—Pos si lo estipulara claro desde su descomienzo, buena habilidad sería dar con el íte.

—¡Taday!... ¡Chapucerías que no valen un anfiler!

Dice tío Ginojo, hunde la segunda pierna en la *jornúa* y vuelve á dormir.

Otras dos ó tres adivinillas más vuelven á

poner á prueba el ingenio de los tertuliantes; pero no se resuelve ninguna sin que Cencio diga la mitad del nombre de la cosa en problema.

No falta allí su párrafo de discreteo, que suelen provocar Gorio y Sabel, especialmente mientras el primero tiene el huso para que la segunda devane lo que lleva hilado, ó Silguero y Clavellina en igual ó parecida ocasión.

Por ejemplo:

- Muy gordo lo hilas, Sabel.
- Pa quien es mi padre basta mi madre.
- Mucho te abajas.
- No es porque tú me alevantes.
- ¡No fuera malo!
- Pa que te lijaras...
- Buena bizma conozco yo que me sanara en un contaó...
- Esa bizma no tiene tanta vertú.
- Más de la que tú piensas.
- ¡Cómo no!...
- ¡Juy, quién fuera capitán de ese regimiento!
- Este regimiento se gobierna él solo tan guapamente.
- Pero la soledá es muy triste.
- Más vale solo que mal acompañaó.
- Se estima la fineza.
- No apretes el huso, que se va á cascar el hilo.

—Es que me hace cosquillas en la palma de la mano.

—Muy fino tienes el pellejo.

—Más que el corazón, que á puro desaire de una que yo sé, se va pusiendo más recio que el cuero de una mochila.

—¡Jesús, qué antusiasmo!

—¡Calla, ingrato!

—¡Taday, trapacerón!

—¡Olé, rracataplán!

(Risotada general.)

También se paga su tributo á las modas. Un cintajo en el pelo de Sabel, un fruncido nuevo en las mangas del jubón de Clavellina, que al punto llaman la atención de tía Cimiana, bastan y sobran para excitar el entusiasmo *artístico* de la rústica modista.

—Vaya, que el diañu seis las mozas de ahora. Cá día vos ponéis un amenículo nuevo. De modo y manera que una se despistaja para cortar bien un vestido, y al cabo le salen á usté con que le falta esto y le falta lo otro, y de que no está al estilo, y que torna y que vira. ¡María, hija! Endenantes daba gusto: sabía usté que la mejor gala de una moza era la saya de baeta y el jugón de alepín respulgao de pana. De dos tirones amañaba usté los paños de la saya, hilvanaba usté los plegues, la ponía sobre el jergón, y mejor debajo de un

colchón si la cama le tenía, dormía usted tres ó cuatro veces encima, y la sacaba usted que daba gloria verla puesta, de cómo caían aquellos plegues. Pero ¡ya te quiero un cuento hoy! ¡El Señor me valga! Ya too el mundo quier el vestío, y tan aina angosto de manga como ancho, tan aina con floriqueteo por las muñecas, como con trencillas por abajo. ¡Como que no pierdo romería ni mercao por el aquél de verlo que se usa y poder estar al tanto del estilo pa servir á estas chapuceras presomías!... Y entavía rejonfuñan... porque, las condenás de ellas, cá una quier una cosa diferente y trae un antojo destinto... Malos demónchicos vos lleven nunca ni no... que si no fuera porque, aunque me esté mal el decirlo, sé cumplir con mi obligación, muchas veces había de pensar que se me había olvidao coger las tiseras en la mano. Dimpués de too, si habiesis ganao algo en el cambio, juera too por Dios; pero el Señor no mampare si no paicéis sandifesios con los mingorondangos de abora. ¡Josús, hijas, quién vos vió con aquellos rufajos de endenantes tan asentaos al cuerpo y tan plegaos, y quien vos vei con esos etelajes de señoras mal acomparás, que si vos los coge una barda en da que calleja, vos deja esnugas en un periquete... ¡Si vos digo que tien que ver!

Se hace asimismo tal cual excursión por el

campo de la política, y entonces lleva la batuta Tanasio.

Tanasio, como carretero, está frecuentemente en Santander, donde tiene por íntimos amigos á dos *coracevos*, ó descargadores de carros, que le enteran, á su modo, de los sucesos más notables de que ellos tienen noticia. Además, mientras está en un escritorio aguardando que le den una guía ó le paguen otra, no pierde ripio de cuanto allí se habla, si es de política. De esta manera, con datos adquiridos tan á retazos y en fuentes tan heterogéneas, forma el curioso carretero los argumentos de sus narraciones políticas, que son la delicia de tío Selmo, del Polido y de Gorio.

—Y ¿qué se sabe de por esos mundos, Tanasio?— pregunta el primero aprovechando uno de los pocos instantes de silencio en que queda la hila.

—Pus por la presente—dice el interpelado, —mucho paez que hay regüelto al respeto de guerras.

—¿Cacia ónde?—interpela el Polido.

—Ello hacia extranjería debe ser, según se corre.

—Y ¿á qué mano cae eso, si se puei saber? Aquí es de rigor que entre Cencio.

—Extranjería es por tierra de Francia, y también de rusios y de purcios.

—Y ¿qué se pide?

—Pus too ello—continúa Tanasio,—paez ser que resulta de piques entre los reyes.

—¿A respeuto de qué?

—De sus mases y sus menos, por si lo de acá es mío ú no lo es, ó si quiero esto ú lo otro. Paez que el francés ha ofreció combate y los otros no han querido entrar.

—Y ¿quién son los otros?

—Pus los de Ingalaterra por un lao, y por el otro los *ensalzaos* ⁽¹⁾ que quieren cerrar toas las iglesias.

—¡El Señor nos libre de ello, amén!—exclaman, santiguándose, las mujeres.

—Toma, como que diz que el Papa Santo de Roma ha tenió que salir un día al balcón á echar un pedrique á una porrá de herejes que ya estaban apedreándole los cristales del palacio.

—¡María Santísima!

—¡Mucho hereje, mucho, paez que hay por ese mundo!

—¿Y al auto de qué ha pedió combate el francés?

—Pus al auto de lo que vos he dicho.

—Pero ¿contra quién va?

—Contra los *ensalzaos*.

(1) Exaltados, revolucionarios, herejes... todo lo que se quiera por esta escala arriba.

—Yo pensé—dice el Polido,—que el francés era hereje.

—Lo fué en sus prencipios—observa Cenicio;—pero se convirtió.

—El Señor le ampare,—dice Mari-Juana.

—Amén,—añaden las demás mujeres.

—Pus bueno—continúa Tanasio;—ahora resulta de que como los *ensalzaos* no quieren entrar, nusotros los españoles paez que estamos abocaos á juzgarlos pa que entren, porque resulta que el francés es poderoso, y el caso es echarle allá los *ensalzaos* pa que dé cuenta de toos. Por otra parte, diz que estos *ensalzaos* tienen hasta reyes de herejes que sacan la cara por ellos, y á mi modo de ver el francés se va á ver mal con tantos, y puei que tengamos que darle ayuda. Por eso vos decía que al respeuto de guerras hay por la presente mucho reguelto.

—Y ¿qué le costará al probe labrador too ese laberiento?

—Pus aticuenta que algunos cuartos más de los que hoy paga.

—¿Pero no sacarán soldaos cada mes?

—Se cree que no, porque de eso, como ya toa la tropa en España es de cristinos, tenemos sobrao pa hacer frente á toa la extranjería del orbe tirraquio. Toma, pus por eso naide se mete en el mundo con nusotros... salvo los de

Morería, que bien caro les costó hace poco.

—¿Que si les costó? ¡Maria Santísima!—salta Gorio, que guarda como una reliquia la cruz de San Fernando que ganó en los campamentos de Tetuán.—Figúrese usted...

—Mira, Gorio—le interrumpe tío Selmo,—nos lo has contaó más de treinta veces y hemos llorao más de seis oyéndolo; pero ya lo sabemos de memoria.

—Quiere decirse que *soniche*, ¿no es verdad? Vamos, que cierre el pico.

—Por esta noche, sí.

—Pus sacabó la historia.

—Ello resulta de que no sacarán por ahora más soldaos, ¿no-verdá, Tanasio?—pregunta una de las mujeres.

—Vos digo que no hay ningún cuidao.

—Pus mientras no lleven de casa á los hijos de su madre, y los males se remedien con dinero, vengan males á porrillo y salú nos dé Dios, que, al cabo, de probes no hemos de salir.

A veces se juegan entre los más aficionados dos cuartos á la baraja, á tres juegos hechos á la *brisca* ó á la *flor de cuarenta*. Entonces de cada real que se cruza se deja en fondo un cuarto para pagar la ballena que consume el candil con que se alumbrá la hila.

En noches de días festivos, por aquello de que no se puede hilar y de que «donde va la

soga que vaya el caldero,» se echa un ligero reparto entre los contertulios y se consume en la hila una azumbre de lo tinto, que equivale á dos en sangría, como ha de estar para que lo prueben Sabel y Clavellina, en cuyo obsequio se bautiza y dulcifica siempre el vino.

Y con estos ú otros lances por el estilo y tal cual *prefacio* que entona Silguero á ruegos de la tertulia, se disuelve ésta todas las noches antes de las once, yéndose cada concurrente en paz y en gracia de Dios á su casa, bendiciendo al primero á quien se le ocurrió la manera de pasar tantas, tan baratas y tan agradables horas *al amor de los tizonos*... uno de los cuales se lleva siempre tío Ginojo, porque dice que, manejándole como él sabe manejarle, no hay lobo que pare en dos leguas á la redonda.

Conque, imparcialísimos lectores, me parece que después de lo que ustedes han visto y han oído en casa de tío Selmo Lombío, no podrán menos de concederme que si *haciendo* literatura, y música, y política, y galanteos, y chismografía, y sorbiendo y jugando es como mejor se utilizan las largas noches del invierno, á este propósito las *hilas* de la Montaña no tienen nada que aprender de las *soirées* del «gran mundo,» ni que envidiarles... si no es la pluma de ámbar y batista con que las cantan los *Pedro Fernández* de la prensa aristocrática.